

Enrique Oteiza et al. *La Política de Investigación Científica y Tecnológica en Argentina. Historia y Perspectivas.* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992, 415 páginas.

La obra que reseñamos es un resumen del proyecto *Examen de la Política Científica y Tecnológica Nacional. Perspectivas a Mediano Plazo*, ejecutado durante 1987-1989.

Nos apresuramos a señalar su singularidad. No había en la Argentina un estudio de la amplitud y profundidad del complejo científico y técnico (CCyT) semejante al realizado por el equipo dirigido por Enrique Oteiza. Esta sola característica nos exime de argumentar sobre su importancia y su ineludible lectura por quienes se interesan en esta problemática.

También compartimos la esperanza de los autores de que la aparición del informe inaugure una tradición de evaluaciones periódicas, especialmente de las políticas para el CCyT, por grupos independientes de quienes las formulan y gestionan.

Otro acierto indudable, manifiesto sobre todo en la *Introducción*, es el estilo y la audiencia elegidos. Evita los peligros de un informe de investigación que impida la lectura y el diálogo entre políticos, tecnólogos, empresarios, trabajadores y los demás interesados en llevar adelante políticas científicas con algún grado de aplicabilidad. Aunque suele olvidarse rápidamente en nuestro medio, la política científica no es un caso de regularidades fácticas; está arraigada en muchos otros subsistemas (económico, político, filosófico), lo cual vuelve su diseño extremadamente complejo, muy concertado e interactivo por la intervención de diversos actores con distintos intereses. Los autores se instalan en el justo punto medio. No caen en las tentaciones del cientificismo ni del facilismo mediante un discurso eminentemente político o filosófico.

El estudio se estructura en tres partes. Las precede una extensa *Introducción*, casi una cuarta parte del libro, a cargo de Oteiza. Resume los distintos trabajos del equipo sobre aspectos determinados, y a veces expone recomendaciones acerca de las organizaciones o las políticas. La primera parte, *La Conformación del CCyT*, consta de dos trabajos: el de J. Meyers, que abarca el período 1850-1958, y el de E. Oteiza, que lo continúa hasta la actualidad, centrándose en el modelo de organización. En la segunda parte, *La Institucionalización del CCyT*, J. Valeiras expone sobre las principales instituciones no universitarias especializadas en investigación y extensión (CNEA, INTA e INTI), mientras M. Candelari et al. abordan las instituciones de promoción y gobierno de la investigación, CONICET y SECYT. La tercera parte, *Política y Gestión en el CCyT*, la más extensa, abarca la mitad del libro y la componen diez estudios realizados por distintos miembros del equipo. Analizan desde la asignación de recursos en el presupuesto nacional y la evaluación de la política de recursos humanos, pasando por los programas nacionales de investigación

hasta un diagnóstico de las ciencias sociales, las actividades provinciales de CyT y las consideraciones estratégicas de la gestión.

Esta temática tan amplia y diversa se intenta unificar por los objetivos explicitados: "promover una mejor articulación y desarrollo del esfuerzo de investigación científica y tecnológica", e "incrementar la capacidad de innovación en los sectores productivos de bienes y servicios" (p. 13). La consecución de ambos implica fortalecer y perfeccionar la formulación de políticas científicas y tecnológicas, y el desarrollo racional de los recursos humanos.

Pasemos ahora, a manera de muestra, a unos pocos comentarios de los muchos aspectos de sumo interés de la obra. Oteiza, en el capítulo II, señala la institucionalización del CCyT de acuerdo al modelo europeo en la mayoría de los países latinoamericanos. Estas experiencias interesaron cuando se advirtió que una parte muy significativa del crecimiento económico de los países desarrollados se debía a la incorporación al proceso productivo de conocimiento obtenido mediante la investigación científico-tecnológica. Obviamente el traslado mecánico no obtuvo los mismos resultados. De cualquier modo, era un interesante modelo intermedio entre los implementados por las superpotencias de entonces, el estadounidense, sectorizado selectivamente y sumamente descentralizado, y el soviético, completamente centralizado. El europeo reconoce el papel central del estado en el diseño, gestión y asignación de recursos de la política económica y científica. Su símbolo son "los Ministerios de CyT y los sistemas de definición concertada de políticas y planes así como formas flexibles de implementación" (p. 117). El autor indaga las condiciones por las cuales no es aplicable directamente en la Argentina; en última instancia, una explicación de por qué no produjo los mismos frutos que en Europa.

M. Candelari et al. examinan las dos principales instituciones de promoción y planificación del CCyT, el CONICET y la SECYT. Del primero destaca la función dual que cumplió desde su creación, aunque en realidad casi con exclusividad se dedicó a la promoción, principalmente mediante la carrera de investigador y el sostenimiento de institutos de investigación. Otro rasgo notable fue la inestabilidad institucional por los embates que sufrió durante los gobiernos autoritarios, lo que produjo, entre otros efectos, un debilitamiento de los vínculos con la universidad (aumentaron los institutos dependientes de este organismo y, en consecuencia, las responsabilidades que asumió en la ejecución de la investigación).

Con el fin de cumplir con las funciones relegadas por el CONICET respecto de la formulación, planificación y gestión de políticas, se creó en 1984 la SECYT, cuyas estrategias se ejecutan a través de los Programas Nacionales (de biotecnología, de petroquímica, etc.).

D. Azpiazu examina de manera minuciosa y sólida el presupuesto nacional de CyT. El análisis del quinquenio 1984-89 muestra que tres organismos descentralizados, CONICET, CNEA e INTA, suman alrededor del 80% de las erogaciones presupuestarias asignadas a CyT (las universidades oscilan en el 8%); tomando en cuenta el tipo de erogaciones, predominan los gastos operativos, en particular los corrientes, sobre los de capital.

A pesar de lo multifacético y estimulante que resulta el trabajo, no está libre

sin embargo de algunas consideraciones críticas. Las evaluaciones y recomendaciones expuestas en la *Introducción* en general se sustentan débilmente en los restantes trabajos. No discutimos esas afirmaciones, intrínsecamente interesantes y para ser tomadas en cuenta, sino la distancia entre ellas y el resto del material tal cual aparece editado.

Los objetivos del examen consisten en promover la articulación del sistema y mejorar la capacidad de innovación; para conseguirlos, en la cadena de medios a fines, el inmediato es "realizar una revisión crítica (...) de las acciones efectuadas" (p. 13) en el CCyT. No obstante, las acciones revisadas de ninguna manera conducen a los fines propuestos. Llama la atención cómo usualmente la mayoría de los estudios del equipo se atienen solamente a lo formal institucional. Transmiten información del tipo "misiones, funciones, organigrama". No se encuentran estudios de casos o seguimientos sistemáticos que conduzcan a consideraciones sustantivas de los objetivos cruciales propuestos, a valorar éxitos, fracasos e impedimentos para conseguirlos.

En un libro de esta clase resulta sorprendente la ausencia de un capítulo dedicado al análisis de la universidad, más cuando se lo dedica a otras instituciones. No basta declarar que su papel es esencial, que debiera aumentar su injerencia en la ejecución de la investigación. Su comprensión y justa valoración, en el actual contexto desfavorable para ella, es crucial para los actores y decisores.

En el examen siempre se reconoce la influencia del subsistema económico, en particular, de la política económica, tanto en las políticas como en los productos científico-técnicos. Pero no pasa de ser una declaración. Excepto unas pocas afirmaciones muy globales, no se exploran en detalle estos vínculos. Se explica así que tampoco se discutan casos notables como la Resolución 44 (excepto el trabajo de R. Harán), la apertura de paquetes tecnológicos en la CNEA, o el Polo de Sauce Viejo.

En la actualidad hay amplio acuerdo acerca de que los productos científicos, aún desde un punto de vista epistemológico, son históricos. Estos intereses se reflejan directa y esencialmente en la formulación de políticas y en la concepción de teorías tecnológicas. Nuevamente en la obra está presente esta constatación, y por esta razón no se la puede calificar como una perspectiva tecnocrática, pero no se operacionaliza. Su lectura presenta la CyT como un producto homogéneo (excepto algunos trabajos como el capítulo IV sobre el CONICET).

Eduardo R. Scarano

Eric J. Hobsbawm. *Los ecos de la Marsellesa*. Barcelona, Crítica, 1992, 174 páginas.

Tulio Halperín Donghi, en su *Historia Contemporánea de América Latina*, sostenía que si bien la historia es la ciencia de lo que permanece, "descubrir que

la historia es también ciencia de lo cambiante, que tras las anécdotas coloridas o monótonas... existen procesos que puede ser interesante rastrear, es en cambio menos fácil". Esta afirmación hecha a fines de los años sesenta no puede condensar mejor, veinte años después, el eje de las discusiones historiográficas acerca de los acontecimientos que supimos conocer con el rótulo de *Revolución Francesa*. Vista a dos centurias de distancia la Revolución, para muchos miembros de la *intelligentzia*, parece una foto desteñida y estereotipada a la que miran con una sonrisa desdeñosa. Y es en el preciso momento en que se logra consenso para enterrar todo vestigio del concepto de revolución que Eric Hobsbawm, ubicado junto a los que aún creen que la historia "es también ciencia de lo cambiante", decide revisar las pruebas que han aportado los dos grandes bandos a favor y en contra de los acontecimientos disparados en 1789, con el confesado deseo de revitalizarla.

¿Es que en realidad como sostienen los historiadores revisionistas contemporáneos la Revolución no produjo grandes cambios en la historia de Francia, y que fue "innecesaria" por los magros resultados y por su alto costo social? ¿O, tal como sugirieron los historiadores de la pasada centuria, ésta incrementó drásticamente el crecimiento económico y "creó un amplio cuerpo de satisfechos campesinos propietarios"? (p. 12).

Sin duda Hobsbawm no está tan alejado de la verdad cuando afirma que "inevitadamente, todos nosotros formulamos por escrito la historia de nuestro tiempo cuando volvemos la vista hacia el pasado y, en cierta medida, luchamos en las batallas de hoy con trajes de época". Tampoco es fácil rebatirlo cuando plantea que quienes "sólo escriben sobre la historia de su propio tiempo no pueden comprender el pasado y lo que éste trajo consigo" (p. 15).

El núcleo del presente trabajo no es revisar el proceso que desembocó en la Revolución; por el contrario, para el autor, ésta fue "una serie de acontecimientos tan extraordinaria, reconocida en seguida universalmente como los cimientos del siglo XIX, que parte de la historia de la Revolución Francesa es lo que el siglo hizo de ella..." (p. 11). De allí que rastree el fenómeno —prototipo de las revoluciones burguesas— tal como fue percibido por sus contemporáneos, y analice cómo esa imagen perduró o se modificó en las generaciones sucesivas, convirtiéndose en modelo deseado de revoluciones posteriores para quienes imaginaron e incluso intentaron revoluciones sociales, y modelo temido, también, de lo que se debía evitar. Las galas de sus primeros cien años buscaron maquillar su pasado jacobino, el festejo de su última centena ocultó el gorro frigio debajo de una peluca de la brillante corte de Versalles. ¿Cómo y cuándo se produjo ese cambio de óptica?

A partir de los años setenta Alfred Cobban inició el revisionismo, al que se unieron luego Furet y Richet, enfocando sus cañones al marxismo que sostenía que en la Francia del siglo XVIII se había desarrollado un capítulo en la lucha de clases entre la burguesía capitalista naciente y la aristocracia feudal que detentaba el poder. El revisionismo cuestionaba el hecho de que la revolución social fuera considerada necesaria, inevitable paso para acceder al capitalismo moderno, con la transferencia del poder de una clase a otra. Esta inevitabilidad llegó a la historiografía marxista contemporánea de la mano de otra "inevita-

bilidad" de la lucha de clases: el acceso del proletariado al poder y la consiguiente construcción de la sociedad socialista.

Concluida la Guerra Fría con el desmoronamiento del Muro de Berlín, e iniciada la balcanización de la URSS, las críticas a los llamados "socialismos reales" han arreciado, y por ende, las posiciones más conservadoras se han fortalecido; de allí que la cuenta ha sido pasada no sólo a quienes utilizaron los "revoluciones burguesas" con fines políticos propios, sino también, y por sobre todo, a la propia Revolución Francesa.

Hobsbawm, preocupado por recuperar la vieja tradición, revisa los primeros escritos de los liberales moderados como Tocqueville, Guizot, Thierry, Thiers y otros, de quienes Marx tomó la idea de la lucha de clases. Fue Roedereder, quien actuó durante la Revolución, el que por primera vez habló de los cambios producidos en la clase media y de la predestinación en el ascenso de la misma junto al triunfo del capital sobre los antiguos terratenientes. Estos testigos —no-jacobinos, por cierto— hablaron deslumbrados acerca de los acontecimientos que presenciaron, convirtiéndose en las fuentes mismas de la tradición revolucionaria. Rescatemos las palabras de Guizot, para quien la Revolución fue "esa lucha que llena las páginas de la historia moderna: la Europa Moderna nació de la lucha entre las distintas clases de la sociedad" (p. 29).

Fueron los hombres de inicios del ochocientos quienes inspirados en Francia, hablaron de *Revolución industrial* al observar la nueva forma que había adquirido la producción de textiles. Ya en 1824 Mignet, en su *Historia de la Revolución francesa*, bautizó en forma definitiva al proceso que, según sus palabras, enfrentó a dos clases rivales, la nobleza y el Tercer Estado. Hobsbawm continúa aportando numerosos elementos acerca de cómo se "cristalizó el programa del liberalismo burgués en la experiencia y el reflejo de la Revolución francesa" (p. 56).

Sin embargo, señala, una vez que la burguesía accedió al poder dejó de necesitar, y sobre todo de desear, que ocurrieran revoluciones. En efecto, tal como los dramaturgos se quejan a veces de que sus personajes toman vida propia, la imagen de la Revolución —y el perfil que se tejía de ella— siguió su propio camino. Para algunos se convirtió en un arma de doble filo, especialmente en aquellos lugares donde la burguesía aún no había consolidado su posición, como en Alemania, y el proceso amenazaba con radicalizarse más allá de lo deseable. Este paulatino cambio de imagen puede sintetizarse en la frase del "canciller de hierro": "Si tiene que haber una revolución, mejor que seamos sus artífices que sus víctimas". (p. 64).

Fue la lectura del proceso revolucionario lo que dividió aguas, y el jacobinismo devino en la manzana de la discordia entre quienes, como Marx, creían que el proceso podía encaminarse a favor del proletariado, y quienes preferían que los acontecimientos se frenaran exactamente dejando a la burguesía en la línea de llegada. Estas discusiones no sólo absorbieron a los contendientes políticos del siglo XIX, sino que también planearon entre los revolucionarios rusos que tomaron el poder en 1917, y se proyectaron a lo largo de nuestra centuria en los alineamientos a favor y en contra de la ex URSS.

A causa de esta identificación, las derechas jugaron un papel muy activo en

los años treinta y cuarenta no sólo en Francia, cuando Action Française “quería invertir la Revolución francesa, aunque la mayor parte de ella no creía en la restauración de la monarquía borbónica”, sino también en Alemania e Italia. Mussolini estaba “contra el poco convincente positivismo materialista del siglo XIX... contra todas las utopías e innovaciones jacobinas” y los alemanes desconfiaban del “liberalismo occidental como de los franceses por inmorales y nacionalistas, considerándolos lo que llamaban el enemigo hereditario de Alemania.” Del mismo modo los antifascistas franceses se aglutinaron bajo la convocatoria de la Revolución, al son de la Marsellesa, en el Frente Popular (pp. 126-127).

Todos estos factores pesan hoy cuando hablamos de Revolución Francesa, tema que no puede tomarse de un modo desapasionado. Sin embargo, es valioso rescatar qué sintieron aquellos hombres que escucharon con sus propios oídos los clamores del pueblo llano, y vieron con sus propios ojos las luchas que se desarrollaron tras la toma de la Bastilla. Es quizá una tarea *casi* imposible comprender el pasado; pensemos en las dificultades que nos limitan cuando tratamos de transmitirle a nuestros hijos la magia que irradió a la vida cotidiana la llegada del televisor, en un mundo sin videocassetteras, ni computadoras, donde los viajes espaciales no existían más que en los libros de ciencia-ficción y en el cual la luna era un lugar romántico. ¿Acaso era sencillo para nosotros imaginar que nuestros padres habían visto nacer la radio junto al fonógrafo, que se habían conmovido con esas cajas maravillosas, y que se deslumbraban al ver pasar los trenes que habían construido sus padres? Quizá sea ése el abismo entre quien *repiensa* un proceso histórico y quien lo *vive*. El principal atractivo de *Los ecos de la Marsellesa* es, justamente, el intento de tender un puente entre el presente y el pasado, recreando un espacio para la meditación.

El autor hace suyas las palabras de Carlyle: “Para mí, a menudo es como si la verdadera Historia (esa cosa imposible a la que me refiero cuando digo Historia) de la Revolución francesa fuese el gran Poema de nuestro Tiempo, como si el hombre que *podría* escribir la *verdad* sobre ello valiera tanto como todos los demás escritores y rapsodas juntos” y agrega: “la Revolución que llegó a ser ‘el punto de partida de la historia del siglo XIX’ no es éste o aquel episodio entre 1789 y 1815, sino el conjunto de todos ellos” (p. 160).

Su propuesta, obviamente, no está en sintonía con el revisionismo historiográfico, ni trae un manual de citas eruditas —si bien demuestra un vasto manejo de una extensa bibliografía—; tampoco podemos negar que la obra no ha sido acompañada de innumerables cuadros construidos con la aplicación de las más novedosas técnicas cuantitativas. Pero, aunque se proclama hijo de la Ilustración, tomando partido definido por el bando de los que creen que hubo una revolución burguesa, salimos enriquecidos del ejercicio de ver y rever la Francia de fines del XVIII a través de una multiplicidad de miradas contrapuestas, abriendo paso a la reflexión y avivando la polémica entre jacobinos, girondinos y termidorianos.

Casi podemos ver a Hobsbawm de pie cuando sostiene que, en definitiva, la Revolución Francesa “afortunadamente, sigue viva. Pues la Libertad, la Igual-

dad y la Fraternidad, junto con los valores de la razón y la Ilustración (aquellos sobre los que se ha construido la civilización moderna desde los días de la Revolución Norteamericana) son más necesarios que nunca cuando el irracionalismo, la religión fundamentalista, el oscurantismo y la barbarie están ganando terreno otra vez" (p. 160).

B. Carolina Crisorio

Michel Albert. *Capitalismo contra capitalismo.* Buenos Aires, Paidós, 1992, 253 páginas.

En el marco de una visión a-histórica del capitalismo y presentándolo como el principio y el fin de la historia de la civilización, M. Albert despliega una interesante exposición acerca de las dos alternativas de expansión posibles que el capitalismo enfrenta: una versión "anglosajona" encarnada principalmente por el neoconservadurismo de los años '80 (Reagan-Thatcher) versus la alternativa "renana" cuyos principales exponentes serían Alemania, el Japón, Suiza y los Países Bajos. Dados la abundante información suministrada por el autor y el buen trabajo comparativo realizado, la obra adquiere especial interés, no sólo para comprender mejor la coyuntura internacional, sino también porque la elección de un sendero de crecimiento es un debate abierto en la actualidad argentina.

Frente a la "decadencia del imperio", el descrédito internacional y la crisis interna, R. Reagan asume en 1980 y promete recuperar el "sueño americano", mediante una reforma radical que, junto a la de M. Thatcher en Inglaterra, marcaría el viraje ideológico de los años '80. Los pilares de la reforma fueron la desregulación de los mercados, las privatizaciones, una política monetaria contractiva —que hizo subir tanto la tasa de interés (un 20% en 1980-81) como la cotización del dólar, lo que produjo la ilusión de una economía fuerte— y una política fiscal que se caracterizó por una reforma tributaria regresiva y por la contracción del gasto público, excepto en el presupuesto de defensa. Esta política fiscal buscó, por un lado, incentivar inversiones vía exención de impuestos a los ricos y no premiar la "pereza" con subsidios sociales a los pobres y, por otro lado, reducir el déficit fiscal (que en realidad se incrementó bastante) sin disminuir el poderío militar.

Entre las principales consecuencias de esta política económica, Albert señala el incremento del "dualismo" social: entre ricos y pobres, clínicas privadas y hospitales, grandes universidades privadas y escuela pública, industrias prósperas vinculadas al presupuesto de defensa e industrias antes líderes que pierden posiciones, como la electrónica, la informática, la automotriz, etcétera.

Otra característica distintiva de este modelo "neoamericano" fue, en el dis-

curso y en la práctica, la ponderación de lo individual sobre lo colectivo y de las ganancias fáciles y rápidas sobre las inversiones en calidad a largo plazo. En este aspecto jugó un papel trascendente el sobredimensionamiento de la especulación bursátil y el papel de la bolsa como organismo de financiamiento sustitutivo de los bancos: mediante mecanismos hostiles se multiplicó la apropiación vía acciones de unas empresas por otras y su desmantelamiento en "departamentos", estableciéndose una feroz lucha por la supervivencia entre la dirección ejecutiva de la empresa y los propietarios de la misma, los accionistas. Esta lucha tuvo como consecuencia (y como causa) la desenfrenada búsqueda de rápidos dividendos de acciones, perdiendo importancia, entre otros, la capacitación de personal y el progreso técnico a largo plazo, elementos explicativos importantes de la caída relativa en la productividad del trabajo respecto de los competidores occidentales. (La excepción a estos mecanismos fueron las empresas multinacionales, que mantenían una administración de tipo "renano"). Con el incremento del "dualismo" social cayó (porcentualmente) la demanda interna y con la falta de inversiones de largo plazo y la caída relativa de la productividad disminuyó la participación de los EE.UU. en el mercado internacional.

Vivir el presente prevaleció sobre la previsión del futuro en la medida en que el endeudamiento para el consumo prevaleció sobre el ahorro, cayendo en términos absolutos la tasa de ahorro de 19 a 13% del PBI, de 1980 a 1990. Este endeudamiento tuvo como principales acreedores a bancos del Japón y Alemania, países "renanos" con una gran capacidad de ahorro interno. Pero también el estado tomó préstamos para financiar su déficit, que luego de 10 años de *reaganomics* ascendía en 1990 a 3 billones 100 mil millones de dólares (aproximadamente la mitad del PBI). Finalmente, esta sociedad individualista centró su actividad económica en el pleito judicial, promovándose una verdadera industria de los juicios, donde la búsqueda del consenso y la armonía social fueron inexistentes.

Sin dejar de ser un modelo de neto carácter capitalista, el sistema "renano" funciona en muchos aspectos como la antítesis del modelo anglosajón. El dinamismo de la economía reposa sobre el mercado como asignador de recursos mediante la propiedad privada y la libre fijación de precios, salarios y actividades; pero el mercado no rige por sí sólo el sistema. El estado funciona como un poder compensador, garante de la demanda social y de la competencia en un sistema donde el consenso social y la ponderación de lo colectivo sobre lo individual juegan un papel importante. "No se trata de una economía dirigida, sino consensuada" por los actores sociales: accionistas, ejecutivos, empresarios, sindicatos, sistema financiero y estado. La tendencia a evitar el conflicto mediante la búsqueda del consenso en un acuerdo de "corresponsabilidad" le brinda al sistema tanto eficiencia como disciplina y justicia social. La búsqueda de consenso no sólo no le quita dinamismo al sistema sino que lo ayuda a superar sus crisis: de los grandes países industriales, Alemania tiene la menor cantidad de horas perdidas por huelgas, la jornada laboral es la más corta y los salarios son los más altos, y pese (?) a todo esto, tanto la productividad del trabajo como la competitividad de las mercancías alemanas están entre las mejores del mundo.

En este sistema, en donde la personalización de las relaciones humanas adquiere un carácter importante, en la vida empresaria existe una fuerte noción de pertenencia al equipo por parte de los trabajadores y una conciencia del papel de la empresa en la vida nacional, adquiriendo el empleo un carácter casi vitalicio y siendo la "departamentalización" de empresas una práctica casi inexistente. De este modo, la seguridad laboral se impone a la incertidumbre y la formación de personal a largo plazo adquiere un carácter masivo. La estrechez de las desigualdades salariales y el bajo nivel de desempleo proporcionan un buen nivel de demanda interna. Al respecto el estado instituye un sistema impositivo fuerte y progresivo, donde la carga directa prima sobre la indirecta. La apuesta al capital humano y al progreso técnico a largo plazo se refleja en altas tasas de productividad y en optimización de calidad de las mercancías, lo cual lleva, sin dudas, a la conquista de los mercados internacionales.

Una de las principales características del modelo "renano" es el decisivo papel de los bancos en el financiamiento de la inversión (en oposición a la bolsa anglosajona). Existe una "comunidad" entre banqueros y empresarios con tenencia de acciones cruzadas y una relación personal ("el Banco de la casa"), en donde los grupos industriales poseen bancos tanto como los bancos poseen empresas. Esto le brinda al sistema una característica fundamental y lo diferencia del modelo anglosajón: los bancos alientan el crecimiento a largo plazo de las empresas (ya que son sus clientes), existe tranquilidad entre los accionistas y una buena relación con los ejecutivos que, al no estar obligados a presentar un balance cada tres meses a la bolsa que decide su futuro, se pueden dedicar a planificar en el largo plazo temas cruciales como la capacitación de personal y el progreso técnico.

En Alemania, la solidez del sistema tuvo como consecuencia directa la revalorización del marco frente al dólar en los años '80. En esta cultura de la seguridad en el largo plazo, quizá la apuesta más difícil fue la práctica de la "moneda fuerte". La no depreciación de la moneda (frente a las devaluaciones sistemáticas del dólar) obliga a contrarrestar el relativo encarecimiento de las mercancías alemanas mediante permanentes aumentos de productividad y perfeccionamiento técnico, soportando efectos negativos en la balanza comercial en el corto plazo que luego son compensados por las ventajas competitivas en el mediano y largo plazo. Y, como contrapartida, el dólar devaluado permanentemente desde 1985 no permitió sacar provecho a la economía norteamericana, debido a las insuficiencias relativas de su industria.

Todo el sistema monetario descansa sobre la elevada capacidad de ahorro que le otorga disponibilidad de divisas. No sólo la propensión a ahorrar es mayor en Alemania y el Japón que en los Estados Unidos, sino que aumenta: entre 1980 y 1990, de 31 al 35% del PBI en el Japón y del 21 al 26% del PBI en Alemania (en los EE.UU. bajó del 19 al 13% del PBI).

Finalmente, el modelo renano posee un sistema de seguridad social superior al anglosajón. En el caso de la salud, por ejemplo (en donde Gran Bretaña mantiene un sistema "renano" gratuito y universal), el sistema privado de los EE.UU. no es más económico que en Gran Bretaña o en Alemania, ya que el gasto (privado) en salud es del 11% del PBI, contra el 9% de Alemania y el 7%

de Gran Bretaña (países que además garantizan la salud de toda la población).

Por todas estas razones, Albert concluye que el modelo "renano" es, a la vez, más eficiente y más justo que el modelo neoconservador.

Sin embargo, el autor observa una paradoja: pese a ser superior, el modelo "renano" pierde posiciones en lo político y en lo ideológico y comienza a retroceder:

- En el Japón aparece un ideal consumista fuerte en las nuevas generaciones. Una nueva clase de ricos, proveniente de la hipervalorización de las propiedades, adquiere bienes de lujo extranjeros, rompiendo con el tradicional nacionalismo japonés. El culto al trabajo, al ahorro y al sacrificio para el futuro es reemplazado por el cansancio y la preferencia por el consumo presente, luego de que el agotamiento crónico conduce al divorcio, al alcoholismo y al suicidio. El Japón parece así tocar su techo.
- En Suecia, el más estatista de los países "renanos", comienza a pesar la idea de que la protección social conspira contra la voluntad de trabajar, paralelamente al debilitamiento de los indicadores económicos: caída del nivel de vida, inflación y desequilibrio externo.
- El lento ascenso por la vía jerárquica es desechado por jóvenes alemanes y japoneses, y las empresas están revisando el sistema de incentivos.

¿Cuál es la razón por la cual vence el peor? —se pregunta Michel Albert—. Y ensaya dos tipos de respuesta: una razón explicativa y otra descriptiva, asignándole igual importancia a cada una. Quizás ésta sea la falencia más severa del libro: el intentar buscar una causa explicativa sin efectuar un análisis más profundo de un tema delicado como es, ni más ni menos, el destino de la humanidad.

La razón explicativa que da es de peso: uno de los vectores más importantes de expansión del modelo neoamericano es la internacionalización financiera. La transnacionalización comercial e industrial necesita de capitales transfronterizos, que aumenta la dinámica financiera. El sistema bancario se internacionaliza y diversifica en sus negocios, y los bancos —por ejemplo alemanes— deben hacer lo propio. De manera que este vector financiero empuja permanentemente las barreras proteccionistas y resquebraja el modelo "clientelista" de financiamiento "renano", privilegiando las ganancias en el corto plazo por sobre la inversión productiva de largo plazo. Y si las empresas carecen de financiamiento a largo plazo, tarde o temprano deberán recurrir a la bolsa al estilo anglosajón.

La otra razón es un factor psicológico por el cual el modelo neoamericano es más fácil de "vender", ya que la tentación por las ganancias rápidas y el consumo presente es más "seductora" que la aburrida vida "renana". No importa qué se hace con las ganancias, importa la ganancia por la ganancia misma. Este factor psicológico se ve reforzado por dos causas: la caída del comunismo, que arrastra todo el sentimiento colectivista y social del modelo "renano", y la primacía de los EE.UU. sobre los medios de comunicación. El autor expresa literalmente que al modelo renano "le falta look [...], no es sexy".

Sin embargo, otra lectura que podría hacerse de la “falta de look” del modelo renano —que tanto preocupa a Albert— es que, en el contexto del actual proceso capitalista de internacionalización de capitales, el modelo neoamericano sea en realidad la mejor encarnación del capitalismo, y que, tarde o temprano, todo el capitalismo adquirirá esta forma. De ser así, la actual “falta de look” se debería a que el modelo “renano” no interpreta al verdadero “hombre capitalista”. De esta manera, las dos razones de Albert tendrían una razón común: el modelo “renano” tiende a desaparecer, y el capitalismo tiende a ser cada vez más “anglosajón”. Es decir, más injusto e ineficaz.

No obstante, Albert pide a gritos que “su” Francia adopte el modelo renano, preocupado por las consecuencias de la aplicación en su país de esta ineficiencia injusta. Dado que el autor carece de una concepción histórica del capitalismo (lo deja muy claro en la Introducción), su análisis “instantáneo” le impide intentar una explicación sólida del fenómeno que observa, y sólo opta por uno de los dos “modelos”.

Para que M. Albert, Francia y todo el mundo pudiesen “optar”, sería necesario que la hipótesis anterior no se cumpla. ¿Cuál sería la alternativa? Que los límites que empiezan a aparecer en el modelo “renano” en realidad sean correcciones a antiguos “excesos” (el trabajo japonés, el estatismo sueco, el nacionalismo económico) y que el capitalismo tienda a un modelo unificado, intermedio entre ambos. En este sentido, la historia posterior a la publicación del libro parece haberle guiñado un ojo a Albert con el resurgimiento de cierto aire keynesiano con el triunfo de Bill Clinton en los EE. UU. Y hay otro aspecto señalado por el autor —aunque no lo suficientemente remarcado— que apunta en esta dirección: las multinacionales de todo tipo y región tienen una organización “renana”, que les permite subsistir en el largo plazo y conquistar nuevos mercados.

Estas son algunas de las cuestiones que quedan por develar al tratar de comprender la dirección del desarrollo capitalista, y el mérito del libro de M. Albert radica no en el intento explicativo de este fenómeno, pero sí en la precisa descripción coyuntural, que aporta valiosos elementos al debate. A mi entender, su debilidad reside en su falta de perspectiva histórica. La historia dirá qué modelo se impuso.

Nicolás Salvatore

Carlos Martínez Sarasola. *Nuestros paisanos los indios. Vida, historia y destino de las comunidades indígenas en la Argentina.* Buenos Aires, Emecé, 1992, 660 páginas.

Indudablemente tiene razón Alberto Rex González cuando, en el prólogo, señala que “hasta ahora carecíamos de una obra de síntesis que tomara como punto de partida los diversos momentos y las diversas descripciones —presen-

tes o pasadas— de las culturas aborígenes, las proyectara a la realidad de la historia inmediata o actual, y señalara la gravitación que los grupos indígenas tuvieron en la génesis original de nuestro pueblo y nuestra nación”.

Muy oportunamente editado en el marco de los debates acerca del significado del Vº centenario de la invasión europea a América, el nombre del libro recuerde el modo como en más de una oportunidad el general San Martín se refiriera a los naturales del continente, denominándolos “nuestros paisanos los indios”, resultando precisamente el objetivo principal de la obra historiar las relaciones entre ellos y los blancos a través de varios siglos.

De esta manera el trabajo de Martínez Sarasola se transforma en una obra prácticamente insustituible, de referencia obligada para todo aquel estudioso o interesado en el conocimiento de los sectores populares, y en especial del componente indígena, rescatado en su especificidad a través de una visión global y pormenorizada de la relación indio-blanco en nuestro país, apoyada en un gran despliegue de gráficos, mapas, fotos —muchas de ellas originales—, estadísticas, diversos cuadros sinópticos, y fundamentalmente un intenso trabajo de fuentes documentales, que si bien dotan a la obra de un interesante aparato erudito no le quitan por ello atracción y amenidad a su lectura por parte de un público no especializado en los temas investigados.

Martínez Sarasola divide el libro en tres partes, además de una introducción destinada a explicar sus objetivos generales donde se destaca la problemática de la formación de la identidad nacional, y un epílogo donde el futuro aparece reflejando la incertidumbre que el destino nacional inspira a los argentinos de estos tiempos.

También se presentan cinco anexos en los que se destaca el aporte cartográfico que sintetiza la labor de todos los antropólogos que se ocuparon anteriormente del tema, información sistematizada y original sobre el exterminio de comunidades indígenas en diferentes regiones y períodos, y un cuadro de la violencia que éstas ejercieron sobre pueblos y fortines entre 1820 y 1882, incluyendo gráficos de frecuencia de los distintos enfrentamientos. Igualmente en los anexos se presenta una “Bitácora de la transición”, que recopila todas las informaciones de prensa editadas entre 1984 y 1989 que contienen noticias referidas a los indígenas, vivan éstos en comunidad o no, como aquella escueta nota de 1987: “Muere en Córdoba atropellado por un conductor que se fugó un adolescente de 14 años, habitante de una villa de emergencia y sin familiares. Su nombre, José Raúl Sahiueque. (*Clarín*, 27/10/87)”, (p. 590).

Refiriéndonos ya a la primera parte de la obra, debe señalarse que ésta abarca dos capítulos: “Los antiguos” (denominación con que algunas parcialidades se refieren a sus antepasados), en el cual se hace una reseña de los conocimientos arqueológicos acumulados sobre los diversos pueblos que habitan la Argentina desde hace más de 10.000 años, y “Las comunidades que ocupaban nuestro territorio en el siglo XVI”, que si bien sintetiza aportes de otros investigadores, incluye un ejercicio de sistematización donde el autor enfatiza acertadamente la dinámica de los procesos sociales anteriores a la conquista, desplegando así una temática no siempre suficientemente ponderada en la literatura arqueológica nacional.

Una necesidad insoslayable en una obra como *Nuestros paisanos...*, incrementada por el uso intenso que se hace de él, es la de presentar una definición del concepto de cultura, teniendo presente, también que según epistemólogos estadounidenses ya hacia los años '50 registraba más de doscientas acepciones en la ciencia antropológica de aquel país, donde lo impusieran varios autores —Franz Boas entre ellos— a fines del siglo pasado. Al respecto, Martínez Sarasola elige una categorización de cultura acuñada en los años setenta por un grupo de antropólogos argentinos, entre los que se contaba el autor: “Una forma integral de vida creada histórica y socialmente por una comunidad a partir de la resolución de las relaciones esenciales que mantiene con la naturaleza, consigo misma como comunidad, con otras comunidades y con lo sobrenatural para dar continuidad a la totalidad de su existencia” (p. 47).

Esta noción, tan interesante como discutible, se despliega a lo largo de los temas que se analizan, debiéndose destacar como un mérito del escritor la objetividad con que encara problemáticas que usualmente no han logrado desprejarse de lo que podría considerarse el pensamiento vinculado al interés de las clases dirigentes de nuestro país. Es aquí donde radica una de las claves que contribuyen a la importancia de este libro: el tomar y reponer explícitamente el punto de vista del indígena, en particular en el análisis de los siglos XIX y XX, presentando una visión de la historia argentina donde cobra centralidad la perspectiva de los desposeídos —entre los que incluye también a los peones, los campesinos pobres criollos y mestizos, etc.— y la de los dirigentes políticos que, aunque sea parcialmente, los expresaron como algunos líderes de Mayo, Artigas, Andresito, y todos aquellos otros que más aislada e inconstantemente sostuvieron en parte las reivindicaciones indígenas, antes y después de la instalación del modelo oligárquico-liberal a fines del siglo pasado. Así, con un abundante despliegue de fuentes, se muestra por ejemplo la importancia numérica y la toma de posición de los pueblos indígenas respecto a sucesos tales como las invasiones inglesas o la gesta libertadora sanmartiniana; en este sentido Martínez Sarasola con claridad y énfasis coloca al lector ante la evidencia de las mutilaciones y omisiones que colorean aquí y allá la historiografía que habitualmente consumimos los argentinos.

La segunda parte consta de tres capítulos, que no sólo constituyen un núcleo central del libro, sino que son, desde el punto de vista científico, los más logrados empírica, didáctica y conceptualmente. En ellos la perspectiva del autor nos coloca frente a temas, interrogaciones e hipótesis muy poco exploradas, toda vez que una de las falencias que afligen la obra de gran parte de los antropólogos locales es la falta de manejo de la dimensión histórica de los problemas indígenas, mientras que en la de algunos historiadores lo notable es la negación o parcialización de esta problemática.

La tercera parte, “La cuestión indígena”, está integrada por tres capítulos: “De señores de la tierra a minorías étnicas”, donde se revisan los procesos sociales vividos por la ya diezmadas parcialidades aborígenes desde principios del siglo XX hasta 1945, incluyendo la conquista del Chaco; fijando el autor en esta última fecha la irrupción del mestizo o “cabecita negra” en los procesos políticos del país, como nunca antes lo había logrado. En “El estado y las

políticas hacia el indígena” se analizan con precisión los decretos, leyes e instituciones que desde el gobierno nacional y los provinciales se establecieron desde 1853 hasta 1983; finalmente, en el último capítulo —“Viven los indios”— se revisan las instituciones creadas por y para los aborígenes en todo el país, y se profundiza sobre la situación actual de las comunidades a través del análisis de sus condiciones de vida en las zonas de “arrinconamiento” en que permanecen confinadas, y que Martínez Sarasola ha visitado personalmente, por lo que su testimonio, al igual que el de varios dirigentes indios a quienes se brinda un espacio significativo para que expongan sus posiciones, resulta particularmente pertinente y fundado —como ocurre a lo largo de toda la obra— en una copiosa y variada documentación. Resulta especialmente sugestiva la síntesis que hace el autor de las demandas de los pueblos indígenas en varios países americanos, corporizadas en diez puntos principales, entre los cuales se destaca el papel de la tierra como base de la mayor parte de las reivindicaciones; en torno a este problema resulta correctamente destacada la importancia del acceso al derecho de propiedad territorial como un ingrediente decisivo para la posibilidad de supervivencia cultural de las comunidades indígenas, quedando perfectamente claro el componente multiétnico y pluricultural de nuestro país.

Obviamente una obra como *Nuestros paisanos...* no podía concluir, sobre la base de la investigación exhaustiva que contiene y el punto de vista que la estructura, sin vislumbrar un futuro distinto. Sus propuestas en este sentido aparecen divididas en tres partes respectivamente interrelacionadas: las políticas a implementar desde el estado, el conjunto de normas por las que éstas deben regirse y el protagonismo de las comunidades indígenas para que, más allá del paternalismo estatal, tanto políticas como normas no se reduzcan —como casi siempre en los últimos cinco siglos— a buenas intenciones y letra muerta.

Más allá de la notable homogeneidad y coherencia que caracteriza al conjunto de la obra comentada, resulta comprensible, tratándose de una investigación que es fruto del trabajo de muchos años, que algunas secciones aparezcan como más relevantes que otras; así podría acaso notarse cierta desactualización en la síntesis del panorama arqueológico que se expone en el capítulo I, quizá debida a la fecha en que se terminó la elaboración del libro, en tanto que desde 1989 se han realizado algunos aportes de especialistas sobre los procesos ocurridos entre los siglos XVI y XIX en los indígenas del norte de la Patagonia y Buenos Aires, lo que posiblemente habría llevado a rever afirmaciones como la de que los araucanos que se introducen desde Chile cambian su estilo de vida por el de cazadores (p. 132).

También notamos en relación con las afirmaciones referidas al poblamiento de América un cierto eclecticismo —explicado pero no justificado por la amplitud de la búsqueda y exposición de fuentes— que, asentado en una insuficiente crítica de algunas informaciones, induce, por ejemplo, a adjetivar como “sugestiva” la posición de Mendes Correa (1926) sobre la posibilidad de un poblamiento de América del Sur por los australianos a través de la Antártida (p. 26).

Finalmente queremos hacer la salvedad de nuestro disentimiento de la idea, de fuertes antecedentes en la antropología argentina, de la existencia de “una

primera matriz hispano-indígena de nuestra cultura nacional". Esta afirmación resulta sumamente polémica, sobre todo teniendo en cuenta que transcurrieron unos 12.000 años desde el comienzo del poblamiento de nuestro país, y de ahí en más se crearon y recrearon procesos de apreciable interés en la dinámica social, como lo muestra la misma obra que comentamos, por lo que nos parece necesario reconocer la existencia, previa a la hispano-criolla, de una matriz específicamente indígena.

Estas y otras observaciones, fruto por otra parte de los incitantes planteos del autor, no menguan en absoluto el valor de la obra, como lo demuestra el interés que ha despertado su primera edición, constituido en indicador cierto de que muchos lectores aspiran a conocer, con avidez, la verdadera historia de nuestro país, y al hacerlo advierten —con Martínez Sarasola— que el hecho de "que las comunidades indígenas en Argentina en esta etapa sean un símbolo de las dificultades que tenemos para reconocernos como país en sus distintas vertientes y formas culturales, y la persecución constante de que esas comunidades fueron objeto, es una expresión de la negación de partes de nosotros mismos, y por lo tanto, habla de nuestra automutilación como pueblo", (p. 333).

En suma, 660 páginas de una obra mayor de la antropología argentina que comienza a cubrir la deuda que tenía la comunidad científica con nuestros hermanos los indios.

Diana Flax

Paul Krugman. *The age of diminished expectations. US economic policy in the 1990s.* Cambridge, Massachusetts - Londres, Inglaterra, The MIT Press, 1992, 203 páginas; **Lester Thurow.** *La guerra del siglo XXI.* Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1992, 373 páginas.

"La ciencia progresa funeral por funeral y Paul Krugman es la estrella naciente de esta centuria y la próxima"; tal es la opinión que le merece al Nobel Paul Samuelson la figura de este economista académico del MIT, especializado en las finanzas internacionales.

En este libro de divulgación científica, Krugman ofrece su visión sobre el controvertido tema de la "decadencia del imperio americano". Para el autor, en muy pocas palabras se puede resumir el gran problema norteamericano: caída abrupta de la tasa de ahorro. Mientras durante los años '70 mantuvo una tasa de ahorro en el nivel del promedio de la existente en los '50-'60, 7% del PBI, en la década de los '80 sólo alcanzaba al 2% del PBI. Este hecho es el que explica el creciente déficit comercial, uno de los "dolores crónicos" de esta economía en la última década. La caída del ahorro, debida al déficit del sector público y la disminución de la propensión a ahorrar de las familias, combinada con el

sostenimiento del nivel de la inversión es lo que trajo aparejado el mencionado déficit externo. "Hay sólo dos formas en que una nación como un todo puede ahorrar. Puede utilizar parte de su ingreso corriente para construir más fábricas, mejorar sus telecomunicaciones, refaccionar sus calles y puentes, etc. Esto es, puede incrementar su stock de capital productivo por invertir más que lo suficiente para reemplazar el capital viejo en tanto se vuelve obsoleto o perece. O puede comprar activos de extranjeros, invirtiendo en el extranjero o cancelando deuda externa incurrida en el pasado. La tasa de ahorro nacional es medida como la suma de la inversión doméstica neta (incremento del stock de capital) e inversión externa neta (incremento en los derechos netos de la nación sobre extranjeros)" (p. 66).

Sin embargo, en el largo plazo el hecho que más lo preocupa de la economía estadounidense es la caída del crecimiento de la productividad, que habiendo sido, en promedio de las décadas de los '50 y '60, del 2.8%, cayó a 1,2% en los '70-'80. La única solución a este problema pasaría por invertir más en educación y equipos de producción, lo que implica disminuir el consumo presente y, según Krugman, no asegura la reversión de esta tendencia. Ciertamente hay importantes debates alrededor de si la inversión en capital físico y humano determina el incremento de la productividad, puesto que a pesar de que los Estados Unidos siguieron invirtiendo en las dos últimas décadas tanto como en las anteriores, la productividad no acompañó este proceso.

Habiéndose constatado una desaceleración muy fuerte en el crecimiento de la productividad, lo único que explica el fuerte enriquecimiento de una porción importante de la clase alta estadounidense es el empobrecimiento de una significativa franja de la clase de menores recursos económicos. Así, un dato que acompañó la evolución de la economía en estas décadas fue un violento proceso de cambio en la distribución del ingreso. "Un reciente estudio concluye que, después de ajustado por los cambios en el tamaño de la familia, el ingreso real después de impuestos de la familia media del 10% *top* de la población se incrementó en 21% desde 1979 a 1987, mientras que el 10% inferior cayó 12%... El mismo estudio estima que la fracción de norteamericanos que son 'ricos' (definido por un estándar arbitrario pero constante) se duplicó, aproximadamente, desde 1979 a 1987, mientras que la fracción de familias definidas por el gobierno como viviendo en la pobreza se incrementó, simultáneamente, en 15%" (pp. 19 y 20).

El riesgo más grave del déficit del comercio exterior norteamericano en el muy largo plazo no es la destrucción de puestos de empleo, producida por el trasvasamiento de demanda interna hacia producción del resto del mundo, sino el creciente endeudamiento externo que podría terminar convirtiendo a los Estados Unidos en "una gran Argentina". "Mucha de la inversión americana fue financiada, no con nuestros propios ahorros, sino a través de la venta de activos a los extranjeros" (p. 43). El país del Norte, que en 1981 llegó a tener 141 billones de dólares más en activos invertidos en el resto del mundo que los que éste poseía en los Estados Unidos, se encontró a fines de 1989 con una posición deficitaria de cerca de 650 billones. Hoy el pago a inversores extranjeros representa 1,5% del PBI norteamericano y para fin de siglo, de seguir creciendo a esta tasa

la venta de activos a extranjeros, llegaría a incrementarse el peso de esta remuneración en 2 ó 3% del PBI. Sin embargo, Krugman considera que “los Estados Unidos podrían continuar asumiendo déficit tan grandes como el de 1989 por un largo tiempo antes que el peso de los pagos se vuelva insoportable” (p. 41).

Como se sabe, una economía cerrada puede hacer frente a un déficit fiscal a través de emisión de títulos públicos o de dinero. La primera de ellas eleva las tasas de interés porque, al realizar operaciones de mercado abierto, sustrae liquidez de la plaza. El otro camino provoca inflación, ya que la contraparte del exceso de oferta que se genera en el mercado monetario —al elevar la oferta manteniendo su demanda constante— es un exceso de demanda en el de bienes, que desencadena un ajuste vía incremento de los precios. Sin embargo, según se desprende de la teoría, que popularizara en 1982 el economista de Harvard Martin Feldstein, acerca de los “déficit gemelos” (“twin deficit”), Estados Unidos pudo financiar su déficit fiscal sin generar inflación ni altas tasas de interés, gracias a su acceso al mercado internacional de capitales (déficit comercial y endeudamiento externo).

El empleo en la economía norteamericana no mostró un mal desempeño en los '80, más tomando en cuenta que, en las dos últimas décadas, un gran número de personas se incorporaron a la masa de asalariados —inmigrantes, mujeres y *baby boomers*—. Con todo, habiendo sido la tasa de desempleo de la fuerza de trabajo de 4,8% en 1970, y llegado a 6% en 1978, era de tan sólo 5,3% en 1989. Lo que nos deja en claro Krugman es que el desempleo, en esta economía, está vinculado con la insuficiencia en la creación de empleo, restricción desde el lado de la oferta agregada. La situación no es de insuficiencia de demanda agregada, es decir, no es que hay una gran masa de productores que se encuentran despidiendo empleados porque no encuentran demanda para su producción. Entonces, en la famosa “Curva de Phillips”, que establece la relación negativa entre tasa de desempleo y tasa de inflación, la actual sería la tasa de desempleo compatible con la no aceleración de la inflación para Estados Unidos. Por esta causa es que políticas keynesianas de incentivo a la demanda sólo conducirían a la generación de presiones inflacionarias y no producirían incremento de la producción y el empleo. En este sentido, la situación de la República Argentina es radicalmente diferente, puesto que hay vastos e importantes sectores productivos que se encuentran con stocks no deseados y amplia capacidad instalada ociosa. Esta situación es explicada por un problema de insuficiencia de demanda, generada por la imposibilidad de competir ventajosamente con las importaciones en el mercado interno y la pérdida de mercados externos, también debida a problemas de competitividad. Indudablemente esto produce expulsión de mano de obra que redunde en un alto índice de desocupación. En este cuadro descripto es difícil afirmar que la actual sea la “tasa natural de desempleo” compatible con una baja inflación.

Para Krugman, la solución al problema del déficit de comercio de los Estados Unidos pasa por disminuir la absorción interna (inversión más consumo, privado y público) para incrementar la tasa de ahorro y realizar un *switch* de la demanda desde la producción extranjera hacia la doméstica. La disminución de la demanda interna se obtiene por medio de la reducción del gasto público,

y la variación en la composición del gasto agregado por medio de la imposición de aranceles, cuotas y devaluación del tipo de cambio. Es interesante destacar que el capítulo dedicado al déficit comercial tiene un apartado titulado “¿Por qué la devaluación es, a veces, una buena idea?”. La explicación del economista del MIT es muy simple. “A un nivel básico, los Estados Unidos tienen un déficit comercial porque gastan más de lo que ganan, y Alemania y Japón tienen superávit porque ganan más de lo que gastan. Esta es la causa por la que cualquier intento de resolver el desequilibrio comercial simplemente modificando la demanda desde bienes extranjeros hacia americanos puede fallar” (p. 45). Pero como los residentes norteamericanos gastan la mayoría de su ingreso en mercaderías producidas localmente, una reducción de la demanda agregada se reflejará en una muy pequeña caída de las importaciones. En este caso, combinar reducción del gasto con una devaluación es el camino más fácil para reducir el déficit comercial, puesto que encarece las mercaderías importadas para los consumidores norteamericanos y abarata los bienes de estos últimos para el resto del mundo.

Nuevamente, traídos al caso argentino es fácil observar las diferencias existentes con los Estados Unidos, en lo referente a la problemática del déficit comercial y al rol de una devaluación. En nuestro país no es un real exceso de gasto por encima del ingreso el causante del déficit comercial. Si, como ya puntualizamos, los productores locales “stockean” mercaderías producidas —porque el consumidor gasta su ingreso comprando el producto importado— las cuentas nacionales deberían computar un incremento de las importaciones y su contraparte de aumento de consumo, y/o inversión —según se importe un bien de consumo o de capital—, al tiempo que un aumento adicional de la inversión por el stock no deseado de los productores locales. En tal caso, las importaciones, evidentemente, no están cubriendo un exceso de gasto por encima del ingreso sino reflejando un proceso de sustitución de producción local por la del resto del mundo. En cuanto a la modificación del tipo de cambio real, mediante una devaluación nominal de la paridad cambiaria, es claro que permitiría corregir la fuerte distorsión de precios relativos entre los bienes transables y los no transables internacionalmente, pero a costa de una recesión inicial e inflación. Hay que tener claro el *trade-off* existente hoy, en nuestro país, entre inflación y deterioro del balance de cuenta corriente que, en última instancia, implica desocupación.

En cuanto a la aplicación de políticas proteccionistas, Krugman considera que “la nueva economía internacional” provee fuertes justificaciones para ellas, porque “mientras no niega la importancia de la visión tradicional, que atribuye el comercio internacional a diferencias fundamentales entre los países, advierte que gran parte del mismo también refleja ventajas nacionales que son creadas por circunstancias históricas, y que luego persisten o crecen debido a otras ventajas por gran escala en el desarrollo o la producción”. Entonces, “si el patrón de comercio y especialización internacional refleja más circunstancias históricas que fortalezas nacionales fundamentales, luego las políticas de gobierno pueden, en principio, modificar este patrón para beneficio de sus economías domésticas” (p. 109). Las “circunstancias históricas” parecen ser el

eufemismo con el que denomina las políticas que se ejecutaron desde el estado —políticas industriales, comerciales, etc.— y que generaron ventajas que luego pesaron en el intercambio comercial. No parece ser lo más aconsejable que, “a la Heckscher-Ohlin”, el país se especialice en producir las mercancías intensivas en el factor en que es más abundante. Así, resignarse a ser “el granero del mundo”, como hiciera la Argentina a fines del siglo pasado, a partir de su abundancia en recursos naturales, despreocupándose de la promoción de la producción industrial, no parece ser la política más apropiada a la luz de las consideraciones precedentes.

Respecto del debate proteccionismo vs. libre-comercio, es interesante contraponer la visión de Krugman con la que Lester Thurow, otro economista del MIT —autor de la obra que aquí comentamos, *best-seller* en los mismos Estados Unidos con el título *Head to Head*—, tiene sobre la “decadencia del imperio americano” y la teoría de la economía internacional. Thurow dispara munición pesada contra el libre-comercio cuando afirma que “con el libre comercio los ingresos medios deben aumentar pues se supone que no existe desocupación. Los trabajadores despedidos de una industria que pierde participación en el mercado a causa de las importaciones rápidamente encuentran trabajo en otro lugar. En realidad, existen significativos retrasos. Las regiones que pierden sus industrias principales exhiben elevados índices de desocupación durante períodos prolongados. Contrariamente a la teoría del libre comercio, permitir que alguien se apodere de nuestro mercado interior determina elevados costos por desempleo. Cuando se incorpora el desempleo al análisis, no hay garantía de que los ingresos medios aumenten al pasar a un sistema de comercio libre” (p. 97).

El autor de *La guerra...* coincide con Krugman en que el principal problema de la economía norteamericana, y lo que explica su déficit comercial, es la baja tasa de ahorro. Pero el decano de la Bussiness School del MIT proporciona una explicación a la diferencia entre la alta tasa de ahorro de los japoneses y la baja tasa de ahorro de los norteamericanos. Y ésta residiría en la organización del sistema económico: “una economía interesada en la economía de producción organizará el modo de reducir el consumo para aumentar la inversión mucho más allá de lo que sería el caso en una economía interesada en maximizar el consumo y el ocio. En Japón, se ha organizado sistemáticamente una sociedad destinada a aumentar la inversión (fábricas y equipos, investigación y desarrollo, habilidades humanas) a costa de los privilegios del consumo individual” (p. 146). Y por si quedan dudas de que el sistema es el que, en última instancia, determina el comportamiento del agente económico, agrega que “la tasa intrínseca de preferencia intertemporal (la tasa a la que los individuos están dispuestos a renunciar al consumo presente para obtener más consumo mañana) puede ser inferior en Japón que en Estados Unidos (aunque no haya pruebas en este sentido), pero no caben dudas de que los japoneses ahorrarían mucho menos si viviesen en el sistema norteamericano, y de que los norteamericanos ahorrarían mucho más si viviesen en el sistema japonés” (p. 147).

Thurow también coincide con su colega en la importancia que reviste para el país del Norte el estancamiento del crecimiento de su productividad y el

atraso relativo frente a otros países desarrollados como el Japón y Alemania. Nuevamente resalta el papel del modo de organización económica de los Estados Unidos y las instituciones que explicarían el mencionado fenómeno: "Si la productividad está aumentando con más rapidez en otras sociedades industriales avanzadas, quiere decir que algo funciona mal en el modo en que Estados Unidos se organiza" (p. 193). Pero Thurow es categórico en su diagnóstico sobre el tema: "es fácil comprender parte del descenso del crecimiento de la productividad. Sencillamente, los norteamericanos no estaban invirtiendo lo suficiente para obtener las nuevas herramientas que son necesarias con el fin de llegar a ser más productivos. Durante las décadas de 1970 y 1980 las inversiones en fábricas y equipos no atinaron a mantener el ritmo del índice de crecimiento de la fuerza de trabajo. El capital por trabajador no aumentó como lo había hecho durante las décadas de 1950 y 1960. Además, el sector público no estaba contribuyendo al aumento de la productividad con nuevas inversiones en infraestructura, como había hecho antes" (Ibíd).

La solución al problema americano, para Thurow, es simple. "El primer paso para los norteamericanos consiste en eliminar el desahorro en sus vidas privadas (es decir, tomar prestado para financiar gastos en consumo). El segundo paso para los norteamericanos es eliminar el desahorro en su vida pública (incurrir en déficit gubernamentales). El tercer paso es adoptar un sistema impositivo que incluya incentivos para ahorrar o desincentivos enérgicos para el consumo. El cuarto paso es establecer incentivos para la inversión privada y presupuestos oficiales más amplios para la inversión pública" (p. 306).

Lo que verdaderamente llama la atención, a cualquier atento lector, es que ambos economistas coinciden en la "radiografía" de la economía americana, a pesar de sustentar visiones diferentes acerca de la política económica y del sistema económico. Mientras que para el autor de *The age...* L. Thurow se encuentra entre los economistas "heréticos" que recomiendan políticas industriales activas para solucionar los problemas del largo plazo de la economía americana, para este último, P. Krugman forma parte de los "convertos" que "solían argumentar habitualmente contra los programas industriales" y hoy bregan por "una política industrial explícita pero limitada". Y el decano de la Sloan School of Management del MIT grita a los cuatro vientos, so pena de ser desterrado definitivamente del *mainstream* de la economía, que "en la práctica con mucha frecuencia la 'mano invisible' de Adam Smith se convierte en la mano de un carterista, puesto que los mercados libres y sin ataduras tienen la costumbre de descubrir actividades muy rentables pero improductivas" (p. 332), y que "el gobierno tiene que representar un papel importante en la aceleración del crecimiento económico porque se cree que los participantes en los mercados tienen un interés excesivo en el presente y el gobierno representa ahora el interés del futuro" (p. 171).